

Los círculos de la violencia: violencia social y procesos comunitarios

Mauricio Gaborit
Universidad Centroamericana «José Simeón Cañas»,
El Salvador

Recibido: 10/03/05

Aceptado: 04/11/05

Conferencia realizada en el II Congreso Colombiano de Psicología Conductual Cognoscitiva.
Universidad Javeriana-Cali. Septiembre 8 al 11 de 2004

La tasa de homicidios por 100.000 habitantes, que es el índice reconocido internacionalmente para medir la violencia (PNUD, 2002),¹ en Centroamérica supera al promedio del continente americano y sobrepasa con mucho el promedio mundial.² Las últimas estadísticas provenientes de estancias oficiales y recavadas de la prensa centroamericanas señalan que tres países centroamericanos (Honduras, El Salvador y Gua-

temala) tienen índices de violencia que, si bien han colocado a estos tres países en orden distinto en cada uno de los últimos tres años, son con todo, bastante elevados.

Según un diagnóstico de la violencia en Honduras y la región del Valle de Sula, en el año 2002,³ la tasa de homicidios fue de 46 por cada 100.000 habitantes (Rubio, 2002). En el año 1996 esa tasa era de 34.44 por cada 100.000 habitantes y, según se desprende de la tabla que se encuentra a continuación, en el 2004 la tasa de homicidios en Honduras fue de 45.9 por cada 100.000 habitantes.⁴ No se aleja demasiado El

1 Conviene señalar que según la fuente puede haber diferencias grandes en las tasas computadas, debido a los tipos de homicidios incluidos y las formas de registro de las fuentes.

2 El promedio en el mundo en los últimos 10 años es de 8.8 homicidios por cada 100.000 habitantes, lo cual ha llevado a la Organización Mundial de la Salud (OMS) a recomendar intervención social urgente, cuando se sobrepasan los niveles (Ver: World Health Organization, *World Report on Violence and Health*, Ginebra: Suiza, 2002). Jorge Sapoznikov de la División de Estado y Sociedad Civil (Región 2) del BID en su ensayo *Seguridad Ciudadana Prevención de la Violencia en Centroamérica* escribe: «En algunos países tales como El Salvador, Guatemala y Honduras, las tasas de homicidios por 100.000 habitantes ha pasado de rangos de 20 a 35 homicidios, en la década de los 70, a rangos entre 45 y 140 homicidios en la década de los 90. Las ciudades más afectadas han sido las de mayor crecimiento económico puesto que atraen flujos migratorios» (http://www.femica.org/archivos/dis_sapoznikov.htm)

3 Estudios realizados para el BID en el marco del Proyecto de Paz y Convivencia Ciudadana para los municipios del valle de Sula, Hondu-

ras. Datos de Medicina Forense de Honduras registran 2.837 homicidios en el año 2000, lo que daría una tasa de 42.38 homicidios por 100.000 habitantes ese año, habida cuenta que la población nacional se estimó en ese año en 6.693 millones.

4 La Dirección de Medicina Forense de Honduras estimó, para el año 2001, la tasa de homicidios autopsiados de la siguiente manera: 126 por 100.000 habitantes para San Pedro Sula y 90.5 por 100.000 habitantes para Tegucigalpa. Para 2004 Brasil reporta una tasa de 25 homicidios por 100.000 habitantes. *La Prensa Gráfica* de El Salvador, en su edición del 2 de febrero 2005, calcula las tasas de homicidios por cada 100.000 habitantes de los países centroamericanos para el año 2004 de la siguiente manera: 45.7 para Honduras, 41 para El Salvador, 34.7 para Guatemala, 10.3 para Nicaragua y 6.1 para Costa

Salvador con una tasa, ese mismo año, de 41 por 100.000 habitantes, y Guatemala que fue de 34.7.⁵

Tabla 1. Índices de Violencia en Centroamérica, año 2004

País	Población en Millones*	Homicidios en el 2004**	Tasa por 100.000 habitantes
Guatemala	12.5	4.346	34.7
El Salvador	6.71	2.762	41.2
Honduras	6.8	3.123	45.9
Nicaragua	5.63	591	10.5
Costa Rica	4.16	257	6.2

*Las proyecciones de población son las de los respectivos Institutos Nacional de Estadísticas de cada uno de los cinco países.

**Fuentes: Policía Nacional Civil de Guatemala, Policía Nacional Civil de El Salvador e Instituto de Medicina Legal de El Salvador, Policía Nacional de Nicaragua; Organismo de Investigación Judicial de Costa Rica, Ministerio Público de Honduras.

Este es el panorama general de violencia que se está viviendo en Centroamérica actualmente. Los círculos de violencia en los que algunos jóvenes se encuentran son diversos y tienen distintos escenarios. Los estudios y las estadísticas de la violencia en Centroamérica constatan una misma situación: la vorágine de violencia es tal que los jóvenes igualmente son protagonistas como víctimas. Muchos de los que mueren son

jóvenes a mano de otros jóvenes y en medio se encuentran transeúntes, niños y niñas y otras personas inocentes.⁶ Cualquier lectura rápida de los principales rotativos de áreas centroamericanas y una revistas de los telediarios- por otro lado cada vez más amarillistas- hacen constatar el hecho. He aquí, por ejemplo, uno de los titulares más recientes de la prensa salvadoreña: «Otro Homicidio en Quezaltepeque» (*La Prensa Grá-*

Rica. En 2004 en Colombia, según datos oficiales provenientes de la Vicepresidencia de la República, se cometieron 20.011 homicidios. Tomando en cuenta que la población de Colombia se estima en 44.531 millones, la tasa para 2004 sería de 44.9 homicidios por 100.000 habitantes. En los estados Unidos los 16.503 homicidios cometidos en 2003 y registrados por el FBI (Uniform Crime Reports) hacen que la tasa en ese país para ese año sea de 5.7 por 100.000 habitantes, tasa que ha variado poco desde 1999 cuando era también de 5.7. Según estadísticas del Research Development and Statistics Directorate (RDS) del Home Office del Reino Unido, el promedio anual de homicidios de la Unión Europea entre 1999 a 2001 fue de 1.6 homicidios por 100.000 habitantes. Las tasas más bajas en esos años, según RDS, la tendrían Noruega (0.95), Japón (1.05), Suecia (1.11) y Suiza (1.12).

5 En 2003 el Instituto de Medicina Legal de El Salvador registró 2.388 personas asesinadas, lo que da una tasa de 39.8 por 100.000 habitantes. La Policía Nacional de Guatemala registró 4.244 homicidios en 2003, que daría una tasa de aproximadamente 34 muertes violentas por 100.000 habitantes. De los países latinoamericanos, El Salvador encabeza la lista de homicidios durante el quinquenio 1999-2002, según el informe «La Violencia Urbana en América Latina», del Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

6 De las 201 defunciones por homicidios, cometidos por maras en El Salvador en 2000 y conocidos por el Instituto de Medicina Legal, en aproximadamente un 67% (134 muertes) las edades de las víctimas oscilan entre 5 y 20 años. De los 2.696 homicidios cometidos en El Salvador en 2000 según datos de Medicina Legal 9.3%, fueron en contra de menores de edad, principalmente entre los 15-17 años (Fuente: *Defunciones por homicidios y suicidios en El Salvador, año 2000*. Instituto de Medicina Legal, Corte Suprema de Justicia). Según datos de la Policía Nacional Civil de El Salvador, 1000 muertes violentas ocurrieron entre pandilleros en el 2004. Por su lado, en Honduras la mayoría de las víctimas de homicidios fueron jóvenes o personas en su plena actividad productiva laboral y social. En Tegucigalpa, la mayoría de las muertes violentas ocurren entre personas de 15 y 29 años de edad. Según datos de la Dirección Nacional de Medicina Forense del Ministerio Público, en Tegucigalpa en los años 2001 y 2002 los homicidios en contra de esas edades constituyeron 58.8% y 57.3% de todos los homicidios, respectivamente. Según el Instituto Nacional de Estadística de Honduras en 2001 el grupo etario entre los 20 y 34 años fue el que experimentó más muertes violentas en el país. Ver también el informe del Comisionado Nacional de los Derechos Humanos de Honduras en el año 2002 titulado «Muertes violentas de jóvenes en Honduras: Una realidad que exige respuestas».

fica, 22 de Noviembre del 2004, pg. 20), «Encuentran grupo de Mujeres» (*El Diario de Hoy*, 19 de Noviembre 2004, pg. 88).⁷ «Acribillan a dos personas en la Colonia Escalón» (*El Diario de Hoy*, 29 Noviembre 2004, pg. 6). En este último caso las víctimas son dos jóvenes de 19 y 15 años respectivamente. Similares titulares se pueden ver todos los días en la prensa escrita de Honduras y Guatemala.⁸ Igualmente, los que sufren las consecuencias de la violencia estudiantil son mayoritariamente otros jóvenes que pertenecen a institutos o colegios percibidos o señalados como rivales. En esta exposición me referiré con exclusividad a la violencia de maras. La violencia estudiantil como lo señala un reciente estudio de Savenite (2004) tiene características suficientemente distintas que merece un tratamiento separado. La violencia estudiantil obedece a una dinámica, tiempo, actores, lugares, formas, territorialidad y estructura organizativa diferentes a la asociada a las maras.

Uno de los problemas sociales que afecta a las sociedades centroamericanas que tiene orígenes complejos y estructurales y consecuencias graves que se instalan en la vida cotidiana de muchas comunidades es el problema de las maras o pandillas. El impacto de la problemática de la violencia de maras sobre la seguridad ciudadana es tan grande que ha llevado a un par de gobiernos a aprobar leyes controversiales denominadas genéricamente como «mano dura», alguna de las cuales ha sido fallada como inconstitucional.⁹ Dicha problemática es aguda no sólo

en El Salvador sino en otros países Centroamericanos como el número grande de jóvenes que las integran nos lo señala: conservadoramente alrededor de 69 mil pandilleros en todo Centroamérica a finales del año pasado (36 mil en Honduras, 14 mil en Guatemala y más de 10 mil en El Salvador).¹⁰ Un reciente estudio llevado a cabo en Guatemala, Honduras y El Salvador y editado por la UCA sobre las comunidades donde actúan las pandillas da una explicación a la persistente y problemática existencia de las mismas señalando correlaciones de fuerzas que quedan expresadas en dos dinámicas sociales: la exclusión social y el capital social; ofrece una radiografía del problema de las maras en El Salvador, Guatemala y Honduras (Eric, Ideso, Idies y Iudop, 2004).

La primera correlación de fuerza, la de la exclusión social, reconoce el impacto que las macroestructuras sociales tienen en crear condiciones que terminan marginando a muchos jóvenes de la sociedad en general y que, paralelamente, favorecen la integración de algunos de ellos a las maras. La marginación en la que viven muchos jóvenes que son miembros actuales o futuros de maras es profunda. No sólo es económica, sino que incluye la desvinculación del ideario que sustenta una visión de sociedad compartida y de los contratos sociales implícitos entre los distintos grupos que se relacionan al interior de esa sociedad. El tatuaje, la creación

7 Es interesante notar que si bien las ediciones, impresas en papel, de los principales rotativos centroamericanos destacan un número grande de notas rojas, éstas prácticamente desaparecen de las versiones electrónicas.

8 En su edición del 4 de febrero 2004, en la página 119, el diario «La Tribuna» de Honduras tiene una nota que titula: «Acribillan a jóvenes en Boulevard Las Torres». En este caso, las víctimas son dos muchachos adolescentes. Los titulares en los distintos rotativos de Centroamérica, sobre hechos de violencia, conservan una similitud inquietante: las víctimas son jóvenes, con frecuencias los hechos son también jóvenes y se ha utilizado un arma de fuego para cometer el crimen.

9 La Sala de lo Constitucional de la Corte Suprema de Justicia de El Salvador, en abril de 2004, por un fallo unánime declaró inconstitucional en su totalidad la Ley Antimaras de 2003, aprobada por el legislativo salvadoreño a petición del gobierno de Francisco Flores Pé-

rez. Dicha ley fue promulgada por Derecho No. 158 del 9 de octubre de 2003 con carácter temporal para enfrentar el problema de las actividades ilegales, cometidas por jóvenes y adolescentes pertenecientes a maras, pandillas y otros grupos o asociaciones ilícitas.

10 Algunas fuentes de la Policía Nacional Civil de El Salvador elevan la cantidad de miembros de las distintas maras que operan en el país. Desde junio 2003 hasta agosto 2004 la Policía Nacional Civil registró la detención de más de 18.000 jóvenes supuestamente asociados a distintas maras (*El Diario Hoy*, 13 de agosto, 2004). Públicamente se discuten cifras que rondan alrededor de 234.000 pandilleros que vivirían en El Salvador, Guatemala y Honduras (*La Tribuna*, Tegucigalpa, edición del 18 de noviembre 2004, pg. 6). Autoridades policiales estiman que sólo en Honduras habría alrededor de 500 grupos de pandillas que integrarían entre 35.000 y 100.000 miembros en total (*El Diario de Hoy*, 17 de agosto 2004). Es difícil tener una idea clara de la calidad de los datos sobre el número de miembros de las pandillas, aunque se bajaran, indican claramente la gravedad social del problema. (Ver también el Informe Anual 2003 del Comisionado Nacional de los Derechos Humanos de Honduras ante el Congreso Nacional).

de un lenguaje propio, con el cual construyen su mundo al igual que la otra sociedad construye el suyo con su lenguaje; las señales de identificación, las normas al interior de la mara, todo ello es un rechazo a la sociedad. Se rechaza la sociedad que los ha expulsado. Es un rechazo activo y muchas veces violento de los valores que sustenta una sociedad que busca aumentar los privilegios de los pocos, descuidando el bienestar de los muchos. Los jóvenes se tatúan el cuerpo no sólo para indicar la adhesión incondicional y perenne a su grupo, sino también para marcar y reclamar a la sociedad esa exclusión.¹¹ En algunos jóvenes los tatuajes cubren buena parte de sus cuerpos, incluyendo el rostro. Encaran así, de manera hostil, a aquella sociedad que los ha expulsado. Su rostro se convierte en el espejo en el que la sociedad ve reflejado el suyo.

Pero como lo señalan los estudios que se han hecho con cuidado, es demasiado simplista pensar que el fenómeno de las maras responde a una sola causa. En realidad, confluyen muchos otros factores; entre ellos podemos identificar: la privación material de muchas familias y su efecto acumulativo, el hacinamiento, la ausencia de espacios recreativos y el deterioro físico del hábitat comunal, la carencia de recursos sociales, la poca y pobre relación que algunos padres tienen con sus hijos e hijas, la exclusión del

sistema de educación formal, la exclusión del mercado laboral, etc.¹² Todos estos son factores de riesgo. Cuantos más de éstos existan en la vida de los y las jóvenes, mayor será la probabilidad que se involucren en las maras.

El segundo conglomerado de fuerzas, el de capital social, hace referencia a las *microestructuras* sociales que aparecen al interior de la vida de las comunidades y en las relaciones interpersonales que allí se dan. Allí se encuentran las redes solidarias que promueven la participación y proveen el apoyo psicosocial, tan necesario para personas y comunidades que enfrentan dificultades; la organización local que multiplica el impacto de las acciones personales y las resignifica; y los lugares donde lo religioso busca su expresión organizativa y material. Este segundo conglomerado abarca, pues, en definitiva, el mundo de los significados objetivados de los que nos hablan Berger y Luckmann (1968); y los lugares y espacios donde las teorías implícitas que las personas tienen acerca de cómo funciona el mundo y ellos mismos se traducen en concreciones explícitas.

En cuanto a este segundo conglomerado de fuerzas, la aparición de maras en las comunidades está correlacionada con dos orientaciones importantes de las personas en ellas. En primer lugar está la confianza que las personas sienten respecto a otras en su misma comunidad. Esta orientación está directamente relacionada con el concepto mismo de comunidad. En la medida que las personas confían en los demás se abren espacios importantes de autogestión, compromiso y de participación comunitaria. Parece que cuando existe confianza entre los miembros de la comunidad, por un lado, la acción individual queda rescatada de ese sentimiento de futilidad que hace que se perciba como inevitable e intransformable un problema comunitario y, por otro lado, se busquen mecanismos que empode-

11 Algunos antropólogos sociales señalan que, en general, los tatuajes representan una de las múltiples formas de embellecimiento del cuerpo y que es percibido por los que los poseen como un ejercicio individual sobre su cuerpo (Ver: Puellas, V. M., 1998, Los Tatuajes. Valencia: Editorial La Máscara; y Borel, F., 1992. *Le vêtement incarné*. Mesnil-sur-l'Estrée: Éditions Calmann-Levy; y Domello, M., 2000, *Bodies of inscription: a cultural history of the modern tattoo community*, Duke University Press). El tatuaje es una forma de autonomía sobre la anatomía y, en sentido psicosocial, es una representación externa del yo. En el caso de los tatuajes que usan los pertenecientes a maras, es interesante notar que si bien el elemento de individualización está presente, algunas características de los tatuajes son idénticas, ya que una de sus funciones importantes es publicar la pertenencia a un grupo. ¿Individualización? La importancia del tatuaje también habría que buscarse como contraposición a las cosas transitorias de la vida, incluyendo la propia identidad, pues imprimen cierta pertenencia en medio de lo efímero. En contraposición a la sociedad excluyente —que es además una sociedad de consumo y de lo descartable— el tatuaje de los mareros imprime una marca duradera y una señal no descartable al ser una inscripción corporal. (Sobre algunas de estas consideraciones, ver Krischke-Leitao, D., 2004, *Mudanças de significado da tatuagem contemporânea*. Cadernos IHU idéias, 16, pg. 1-12, Universidade do Vale do Rio dos sinos, São Leopoldo RS, Brasil).

12 La Solidaridad Violenta de las Pandillas. San Salvador: Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP). Ver también: ERIC, IDESO, IDIES, IUDOP (2001).

ren o fortalezcan las mismas estructuras organizativas comunitarias. Así, la acción individual no es percibida como aislada, sino que abona la consecución de metas comunes donde se puede identificar claramente actividades que aborden el tema de la violencia y desintegración social, que acompaña la presencia de maras en las comunidades. La participación en acciones conjuntas y consensuadas -y para ello se necesita la confianza mutua- es el elemento fundamental que permite que todas las demás puedan alcanzarse, desarrollarse, ampliarse o profundizarse. La participación se refiere a la acción desarrollada por los miembros de la comunidad en función de objetivos, generados a partir de necesidades sentidas y de acuerdo con estrategias colectivamente definidas, fundamentadas en solidaridad y en el apoyo social. Tal acción va acompañada del surgimiento de liderazgos comunitarios.

En segundo lugar, la autogestión de las comunidades es esencial para incidir efectivamente en los efectos de la violencia generada por las acciones de las maras. La autogestión incluye autoeficiencia en la organización comunitaria y, en la medida en que las acciones comunitarias producen efectos deseados o contribuyen a la solución de problemas comunitarios, fomenta la confianza en sí mismo de los miembros de la comunidad y el sentimiento de seguridad. El compromiso, por su lado, hace resaltar el sentimiento ético de apego y obligación con la comunidad, que lleva a involucrarse en acciones colectivas que puedan producir beneficios para todos (Montero, 2003). En definitiva, parece claro que la confianza interpersonal es un factor protector, ya que abre espacios de acción directamente ligados a abordar los problemas y así tener una mejor comprensión de los mismos. Cuando existe la desconfianza interpersonal el problema queda mal dimensionado, puesto que las causas identificadas del mismo son producto del prejuicio, el rumor y el miedo; en definitiva, producto de la misma ignorancia. Como señala Cruz, «las pandillas subsisten, por tanto, en aquellos entornos comunitarios marcados por el recelo y la desconfianza entre las personas, en donde es difícil que los ciudadanos sientan cier-

to nivel de seguridad de que las acciones de los demás no estarán orientadas a afectarlos negativamente o a hacerles daño» (Cruz, 2004). (pg. 295).

En contraposición a esta dinámica, que abre espacios sanos de interacción, existen algunos espacios perversos que por su misma naturaleza permiten, auspician y fomentan la presencia de maras en las comunidades. Estos espacios perversos contribuyen a la desorganización social de las comunidades por las acciones directamente vinculadas a su actividad, como por efectos secundarios que propician distintas formas de violencia. Algunos de estos espacios perversos están, de una u otra manera, unidos al consumo, trasiego y venta de drogas, incluyendo el alcohol. Así, por ejemplo, la presencia de bares y cantinas propicia el desmejoramiento de la precaria base económica para la subsistencia de las personas en las comunidades, y está asociada a grescas, pendencias y otros actos violentos que en algunas ocasiones se extienden más allá del tiempo y lugar del consumo. A la ya pobre calidad de vida, incluyendo un medio ambiente físico deteriorado, los vecinos tienen ahora que agregar condiciones que favorecen la presencia y acción de la pandillas. Las denuncias suelen ser pocas o inexistentes por miedo a las represalias, propiciando esto, a su vez, un aumento en la desconfianza mutua y un sentimiento generalizado de malestar.

Igualmente, la narcoactividad produce tres consecuencias negativas importantes en la vida de las comunidades. En primer lugar, genera espacios físicos de hechos delictivos, donde se saldan cuentas por negocios venidos a menos, que con frecuencia terminan en muertos y heridos, todo lo cual consolida esa desconfianza interpersonal y los efectos negativos asociados a ella. Ante estas situaciones, las personas buscan no involucrarse y esta desconfianza les lleva a recluirse en la poca seguridad que le brindan sus hogares. En segundo lugar, propicia la presencia de personas ajenas a la comunidad, que no tienen interés alguno en el bienestar de la misma. Todo lo contrario, éstas se benefician en la medida en que la comunidad permanezca desin-

tegrada. Estas personas pueden ser consumidores de distintas drogas o que la comercializan y/o que se pueden disputar un ilegal pero lucrativo mercado. La presencia de terceros suele, igualmente, alentar la desconfianza hacia los mismos vecinos, ya que no se sabe con certeza la relación que guardarían entre ellos. En tercer lugar, la narcoactividad atrae formas de actuar represivas de parte de la policía y hace que la comunidad sea percibida como un problema social, donde hay pocos espacios sociales «redimibles» y se estigmatice a los jóvenes. Las acciones policiales represivas, aunque puedan ser bienvenidas por algunos pobladores, con frecuencia hacen resaltar su ineficacia, a largo plazo, en atacar el problema de la venta y uso de drogas y termina aumentando las desconfianza que se tiene a instituciones de fuera de la comunidad. Estas tres consecuencias favorecen la presencia de maras ya sea que estén asociadas a actos delictivos o no.

En la medida en que las comunidades sean débiles organizativamente y pobres en la variedad de actividades y espacios sanos, en los cuales puedan participar activamente sus habitantes, la presencia de las maras en sus calles y pasajes es más probable. En otras palabras, la presencia de maras está asociada al bajo capital social que puedan tener las comunidades. Una ventaja grande que ofrece la perspectiva del capital social, para entender el fenómeno de las maras en las comunidades centroamericanas y en especial en El Salvador, es que se logra identificar recursos importante para contrarrestar las acciones negativas de las pandillas. Esto posibilita reconocer dinámicas al interior de las comunidades que permiten su fortalecimiento. Esta perspectiva, además, logra identificar el impacto que los factores microsociales tienen en la socialización y construcción de la identidad de los jóvenes centroamericanos y la percepción y actitud que desarrollan respecto a la violencia y a la pertenencia de pandillas. Al señalar factores de riesgo, logran identificar, igualmente, factores que son susceptibles de prevención.

Al respecto, conviene decir algo sobre los componentes del fortalecimiento comunitario

desde el punto de vista psicosocial. Se podrían identificar tres tipos de componentes en los procesos de fortalecimiento de la comunidad: *los intrapersonales, los interactivos y los comportamentales* (Zimmerman, Israel y Chekoyaw, 1992). Conocer cómo actúan los tres – altamente interrelacionados – puede ser útil a la hora de entender mejor cómo el fortalecimiento de las comunidades podría estar asociado a la baja presencia de maras en su medio. Este conocimiento podría orientar estrategias de intervención comunitaria tendientes a reducir la presencia de maras en distintas comunidades o al menos en paliar sus efectos nocivos (Prilleltensky, 1994).¹³

Los componentes *intrapersonales* se refieren a todas aquellas habilidades y formas de pensar que tiene la persona sobre su propia capacidad de influir en el curso de los eventos significativos de su vida e, igualmente, incorpora las creencias que esa persona tiene sobre cómo funciona el mundo (físico, social, económico, etc.) y las características que éste posee. Dependiendo de estas creencias, la persona intentara o no cambiar situaciones y verá como apropiadas algunas acciones pero no otras. En otras palabras, esos componentes intrapersonales incorporan el sentido de autoeficacia de la persona, es decir, reúnen las creencias sobre la capacidad de transformar lo que de una manera está dado y de localizar, según su experiencia, la autoría agéntica.¹⁴ La eficacia percibida coloreará significativamente el talante de la acción de las personas. De la autoeficacia dependerá si las acciones que

-
- 13 Montero, M. (2003). Teoría y Práctica de la Psicología Comunitaria. La Tensión entre Comunidad y Sociedad. Buenos Aires: Paidós y Montero, M. (1998). La Comunidad como Objeto y Sujeto de Acción Social. En A. Martín González (ed.), Psicología Comunitaria: Fundamentos y Aplicaciones (pp. 221-222). Madrid: Visor. Ver igualmente: Guareschi, P. (2001). Compromisso Social da Psicologia. (pp. 61-98). En A. M. P. Caniato, E. A. Tomanick (comps.). Compromisso Social da Psicologia. Porto Alegre, Brasil: Abrapsosul.
- 14 El concepto de auto-eficacia fue introducido por Albert Bandura hace casi 30 años. Ver los siguientes trabajos: Bandura, A. (1997). Self-efficacy. The Exercise of Control. Nueva York: Freeman. Bandura, A. (1986). Social Foundations of Thought and Action: A Social Cognitive Theory. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall. Maddux, J. E. (1995). Self-Efficacy, Adaptation and Adjustment: Theory, Research and Application. Nueva York: Plenum.

se toman sean erráticas o más bien planificadas y estratégicas, y si el sentimiento que acompaña estas acciones es de optimismo o pesimismo. Esta autoeficacia también determinará la cantidad de esfuerzo que se dedique a intentar cambiar el medio en el que se encuentre la persona, cuando se persiste en esos esfuerzos a pesar de las dificultades, cómo se conciben esas dificultades, la resiliencia frente a la adversidad y el estrés que se experimenta ante las dificultades (Bandura, 2000).

De manera general, pues, esta autoeficacia señala la valoración de la persona sobre si tiene el repertorio de acciones para ejercer control sobre lo que tiene entre manos. Esta autoeficacia remite a la historia personal del individuo, ya que tiene esa capacidad, reflexionando sobre eventos pasados y comparándolos con los que le atañen en ese momento. A esta historia personal también se unen historias grupales y sociales, a las cuales está ligado el individuo. Nunca será más meridiana la implicación que lo social tiene en la construcción de la subjetividad. La persona cotejará lo que puede obtener con sus esfuerzos personales y lo que está mejor garantizado por acciones y asociatividades. Es claro que la información necesaria para controlar, responder y navegar en el mundo social proviene de otros y, de manera particular, de los grupos a los que uno pertenece.

Los componentes *interactivos* incluyen toda la gama de transacciones con los distintos mundos con los que se relaciona una persona (social, religioso, físico, cultural, etc.). Uno de estos mundos es el de la sociedad en la que se vive y el ideario que lo sustente. La interacción con esos mundos está determinada por la valoración que la persona tiene sobre ellos; la crítica a la que los somete de manera expresa o espontánea, transitoria o permanente; la ubicación de la persona en ellos y el grado y forma de participación e implicación personal. Como señala una conocida psicóloga social, estos componentes incluyen: «el desarrollo de capacidades para la toma de decisiones y para solucionar problema, que son necesarias para comprometerse activamente con la transformación del entorno en el que se

vive» (Montero, 2003). Estas capacidades le permiten a la persona intervenir exitosamente en los sistemas sociales y políticos.

Los componentes *comportamentales* están situados a un nivel mucho más preciso y específico de acciones y conductas. Incluye, por ejemplo, el número y tipo de asociaciones a las que pertenece una persona, y cómo éstas reclaman de manera concreta, algunos recursos de la que ésta dispone (e.g. información, tiempo, habilidades, contactos). Contiene, además, todas aquellas acciones comunitarias en las que la persona participa con la intención de atender una necesidad experimentada en común y que, por lo tanto, desborda las necesidades y recursos meramente individuales. El conjunto de esos componentes comportamentales va dando el sentido de comunidades y de participación ciudadana.

El fortalecimiento de la comunidad, entonces, tiene que ver con la creación de unos espacios sociales, donde se posibilite la acción conjunta dirigida a la búsqueda del bienestar compartido, ya que el malestar es también compartido. Algunos psicólogos comunitarios y sociales identifican este proceso como uno de empoderamiento, es decir, la transformación del sentimiento de impotencia, ante problemas concretos en otro positivo que sitúa a la persona como actor o actora de su propio destino. Todo este proceso, que Freire llamó concientización y desideologización, abre espacios de comunicación y de crítica constructiva, que tiene dos efectos inmediatos: en primer lugar, quedan resaltados los lazos solidarios que han sido necesarios para conocer la realidad social y transformarla. En segundo lugar, se posiciona la comunidad como el ente privilegiado de transformación que le llevará a movilizar recursos (e.g. sociales, políticos) para animar que otros (gobierno y otras organizaciones cívicas, gremiales, políticas, religiosas) aporten a la solución de un problema que va más allá de la comunidad misma. Esto es posible debido al poder que surge en la confluencia de esfuerzos comunes unidos y solidarios.

Parece ser que para contrarrestar los efectos negativos de la presencia de las maras en la

comunidad se tiene que pasar, necesariamente, por el poder organizativo y de acción conjunta de la comunidad. Como queda ya señalado, para esto las comunidades necesitarán el concurso de instituciones del Estado y de la sociedad civil, que deberían coadyuvar en este proceso. Esto no es tan sencillo pues, por razones diversas expresadas de maneras muy sutiles, hay poca confianza en las instituciones del Estado, con la notable excepción de la Iglesia. En resumen, se puede afirmar que la inacción y aun el fatalismo, que pueden surgir de vivir en situaciones, donde se tiene poco control sobre los niveles y formas de violencia, pueden dar paso a otro sentimiento social: el del empoderamiento y la capacidad agéntica del esfuerzo común (Serrano-García y López Sánchez, 1994).

Quisiera señalar dos ideas que surgen cuando se intenta abordar el problema de la violencia desde las actividades y coordinadas sociales el problema de las mismas comunidades donde existe el problema. Estas ideas tienen que ver con los pasos en el proceso de fortalecimiento de las comunidades a raíz de la presencia de maras en ellas. Su consideración puede ayudar a motivar, orientar y esbozar estrategias de intervención psicosocial. En primer lugar, y en referencia a los componentes intrapersonales que hemos señalado anteriormente, concierne tener en mente que estos son *procesos*, de un desarrollo creciente del sentido ser-en-relación-con-el-mundo, como lo señala Montero (2002). Es decir, son procesos a los que es necesario darle el tiempo para que la persona no se sienta como individuo aislado en un mundo «ancho y ajeno» –para utilizar el título del impresionante libro del escritor peruano Ciro Alegría.

En segundo lugar, el proceso de fortalecimiento de la comunidad llevará a acentuar tanto el sentido común como la conciencia crítica acerca de las fuerzas políticas y sociales que actúan al exterior de la comunidad. Estas otras fuerzas, con frecuencia, tienen un entendimiento mucho más limitado de los problemas que tiene que enfrentar la comunidad. Es altamente probable que este proceso haga resaltar las distintas motiva-

ciones de ese mundo social y político, más amplio, que tiene su propia agenda, pero con el cual la comunidad, necesariamente, tiene que interactuar, interpelar y, a veces, encarar.

Finalmente y para concluir, es importante señalar que no se puede desvincular el fenómeno de las maras del tema de la violencia tan arraigada en algunas sociedades centroamericanas como la salvadoreña. Desde hace mucho tiempo El Salvador, por ejemplo, ha sido una sociedad violenta. El dominio del poder, la fuerza –y ésta bruta–, el privilegio de unos pocos, la impunidad la violación a los más elementales derechos de los ciudadanos han sido una constante en la historia de El Salvador y no excluiría a algún otro país centroamericano. De aquí ha nacido una sociedad donde hay dos categorías de personas: unas gozan de los recursos económicos y sociales del país, otras viven de no morir. Unas tienen oportunidades y bienestar, otras penas y sufrimientos. Unas son ciudadanos dignos, con derechos; otras son gente basura. La sociedad acepta, sin mayor enfado, que muchos tengan poco acceso a una educación de calidad, no encuentren trabajo digno, vivan en condiciones inhumanas y tengan que ver hacia el Norte para hacer su proyecto de vida. Estos muchos viven al margen de la vida cultural, social, económica del país. Arañan y escarban la tierra –y muchas veces los basureros mismos– para su existencia.

En definitiva, la sociedad expulsa a muchos jóvenes a los límites de la convivencia social, donde impera la violencia, la muerte, la precariedad. Y éstos, a su vez, depredan socialmente sus propias comunidades. Este fracaso de sociedad voraz, injusta y cínica crea las condiciones que dan pie a las maras. La violencia que las maras ejercen es expresión de esa violencia más profunda y estructural. De manera trágica las maras son la expresión del malestar de una sociedad elitista, discriminatoria y excluyente y, además, consecuencia de decenas de años de inatención oficial y desidia a los problemas que han aquejado a comunidades pobres desde hace ya bastante tiempo. Romper los círculos de la violencia demanda políticas de Estado, informa-

das, consultadas, basadas en la investigación, apegadas a derecho¹⁵ y que propicien la inclusión de los jóvenes a la vida cultural, educativa, social y económica de cada uno de los países centroamericanos.

Referencias

- Bandura, A. (1997). *Self-efficacy. The Exercise of Control*. Nueva York: Freeman.
- Bandura, A. (1986). *Social Foundations of Thought and Action: A Social Cognitive Theory*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Bandura, A. (2000). Exercise of Human Agency Through Collective Efficacy. *Current Directions in Psychological Science*, 9, 75-78.
- Berger, P. L., y Luckmann, T. (1968). *La Construcción Social de la Realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Cruz, J. M. (2004). Pandillas y Capital Social en Centroamérica. En ERIC, IDESO, IDIES, IUDOP. Maras y pandillas en Centroamérica. Pandillas y Capital Social (pgs. 227-332). San Salvador: UCA Editores
- ERIC, IDESO, IDIES, IUDOP (2004). Maras y pandillas en Centroamérica. Pandillas y Capital Social. San Salvador: UCA Editores. Ver también: ERIC, IDESO, IDIES, IUDOP (2001). Maras y pandillas en Centroamérica. Managua: UCA Publicaciones.
- Krischke-Leitao, D., 2004, Mudanças de significado da tatuagem contemporânea. *CADERNOS IHU idéias*, 16, pg. 1-12, Universidade do Vale do Rio dos sinos, São Leopoldo RS, Brasil.
- Maddux, J. E. (1995). *Self-Efficacy, Adaptation and Adjustment: Theory, Research and Application*. Nueva York: Plenum.
- Montero, M. (1998). La Comunidad como Objetivo y Sujeto de Acción Social. En A. Martín González (ed.), *Psicología Comunitaria: Fundamentos y Aplicaciones* (pp. 221-222). Madrid: Visor. Ver igualmente: Guareschi, P.
- Montero, M. (2002). *Psicología Social Comunitaria. Teoría, Método y Experiencia*. Buenos Aires: Pados.
- Montero, M. (2003). *Teoría y Práctica de la Psicología Comunitaria. La Tensión entre Comunidad y Sociedad*. Buenos Aires: Pados.
- Prilleltensky, I. (1994). Empowerment in mainstream psychology: Legitimacy, obstacle and possibilities. *Canadian Psychology*, 33, 148-374.
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2002). *Indicadores sobre violencia en El Salvador*. San Salvador: autor.
- Puelles, V. M., 1998, *Los Tatuajes*. Valencia: Editorial La Mascara; y Borel, F., 1992. *Le vêtement incarné*. Mesnil-sur-l'Estrée: Éditions Calmann-Levy; y Domello, M., 2000, *Bodies of inscription: a cultural history of the modern tattoo community*, Dake University Press).
- Rubio, M. (2002). *La Violencia en Honduras y la Región del Valle de Sula*.
- Prilleltensky, I. (1994). Empowerment in mainstream psychology: Legitimacy, obstacle and possibilities. *Canadian Psychology*, 33, 148-374.
- Guareschi, P. (2001). Compromisso Social da Psicologia. (pp. 61-98). En A. M. P. Caniato, E. A. Tomanick (comps.). *Compromisso Social da Psicologia*. Porto Alegre, Brasil: ABRAPSOSUL.
- Santacruz Giral, M. L., Concha-Eastman, A. (2001). *Barrio adentro. La Solidaridad Violenta de las Pandillas*. San Salvador : Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP).

15 Con fecha 4 de diciembre 2004, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la Organización de los Estados Americanos y el Fondo de las Naciones para la Infancia (UNICEF), expresaron públicamente en un comunicado de prensa su preocupación por la situación de los niños, niñas y adolescentes vinculados a las pandillas o maras en El Salvador, Guatemala y Honduras., Expresan su preocupación por (a) la falta de atención de los gobiernos de esos países a la obligación de velar por la seguridad pública dentro del respeto por los derechos humanos y (b) por el trato inferior de los jóvenes detenidos asociados a maras respecto a otras poblaciones penitenciarias y la ausencia de programas dirigidos a la rehabilitación de los jóvenes infractores.

- Savenije, W. (2004). Violencia Estudiantil. FLA-CSO-El Salvador. Ponencia presentada el 12 de Noviembre 2004 en el Seminario Permanente sobre Violencia del Programa Hacia una Sociedad sin Violencia auspiciado por el PNUD, San Salvador.
- Serrano-García, I. y López Sánchez, G. (1994). Una Perspectiva Diferente del Poder y el Cambio Social para la Psicología Social-Comunitaria. En *Psicología Social Comunitaria. Teoría, Método y Experiencia* (pp. 167-210). Guadalajara: Editorial de la Universidad de Guadalajara.
- World Health Organization. (2002). *World Report on Violence and Health*, Ginebra: Suiza,. Jorge Sapoznikov de la División de Estado y Sociedad Civil (Región 2) . *Seguridad Ciudadana Prevención de la Violencia en Centroamérica* [http: www.femica.org/archivos/dis_sapoznikov.htm](http://www.femica.org/archivos/dis_sapoznikov.htm))
- Zimmerman, M. A., Israel, B., A., y Checkoway, B. (1992). Further explorations in empowerment theory: An empirical analysis of psychological empowerment. *Journal of Community Psychology*, 20 (6), 707-727.